

nales y deliciosas, a Juan Diguít, a R. Humeres, con un bello retrato, a Enrique López, muy objetivo, al Mosella de *Naturaleza muerta*, a Carlos Pedraza con un buenísimo y extraordinario *Retrato* y, por fin, a Dora Puelma.

Los envíos de pintura y dibujo están, en su mayor parte, fuera de toda posibilidad crítica.

### Exposición Jaime del Valle Inclán

Hay en la obra de este joven pintor algo que nos sobrecoge y emociona. Tal vez sea ese aire de tristeza y de melancolía que alienta fuertemente en su arte pleno de promesas. A través de estas obras expuestas en el Instituto Chileno-norteamericano, se ve ya una personalidad definida que pide al arte su más pura emoción. Valle Inclán salta, incluso, por encima de lo que es propio y necesario en la pintura, y va más allá para decirnos su verdad. Junto a estas expresiones y a estos ojos de fatal melancolía hispana estamos adivinando la vida interna. El autor se sitúa en el centro de su propia creación, y los cuadros son como facetas múltiples del alma solitaria que irradia así su espíritu.

Estas facies verdosas llevan muy marcados los sueños adolescentes del artista, quien no tuvo el plácido discurrir de una existencia monótona. No es una obra superficial, ni siquiera pictórica, sino algo más: una melancólica visión del mundo a través de un temperamento que parece pasear su nostalgia europea; Más todavía: *morriña* de celta.

Cuando se conoce a Valle Inclán se comprende su pintura. Fué Lope de Vega quien habló de los «ojos portugueses», dando a entender la nostalgia y la sed infinita de océanos que los humedecía. Así Jaime del Valle Inclán ha visto con los ojos celtas de su espíritu uno de los momentos más tremendos de su patria. Y ha surgido esta pintura que tiene en ella el eterno calabobos galaico de la tristeza.

La pintura del Finisterre español sigue dos directrices magistrales. El humor, una; la melancolía, otra. Como ambas son temperamentales, Valle Inclán se halla afiliado a una de ellas en un acto tal vez ajeno a su propia voluntad. La bucólica dulzura de Llorens se ha transformado con él en una asperosidad triste y escéptica. Y es que no podemos olvidar que sobre Valle Inclán pasan otros factores de fuerza tan incontenible como aquella cósmica de sus antecedentes nativos. En primer lugar, por España ha pasado el viento ardiente de la tragedia; en segundo, el pintor ha sentido en los años primeros de su vida la influencia espiritual de aquel hombre dilecto que fué don Ramón, cuya sensibilidad para las cosas de arte era muy aguda.

Por otro lado, la juventud del pintor hará tal vez inútiles todos los vaticinios y teorías que sobre su arte podemos anticipar. Jaime del Valle Inclán está en pleno período de formación y, en este caso, su arte no puede ser del todo consecuente, porque los procesos de evolución llegarán a ofrecer soluciones inéditas.

En sus cuadros—en la plástica de sus cuadros—vemos influencias y admiraciones fuertemente sentidas. No en vano el pintor es un excelente copista. Mas no induzcan nuestras palabras a confusión; por encima de todo su espíritu surge potente y autónomo.

Alguna tela nos hace pensar en *El Greco*, otra en Picasso o en Dalí. Pero el color, un colorido armonizado en gamas cálidas, en verdes acuosos, en azules intensos y vibrantes, nos recuerda el españolismo cromático de su paleta. Una superficie tersa que abraza el arabesco con nitidez de primitivo, unas actitudes de gran plasticidad, con gestos dramáticos de euritmia armónica, nos llevan a la comprensión formal y técnica del arte melancólico de Jaime del Valle Inclán.

ANTONIO R. ROMERA.